



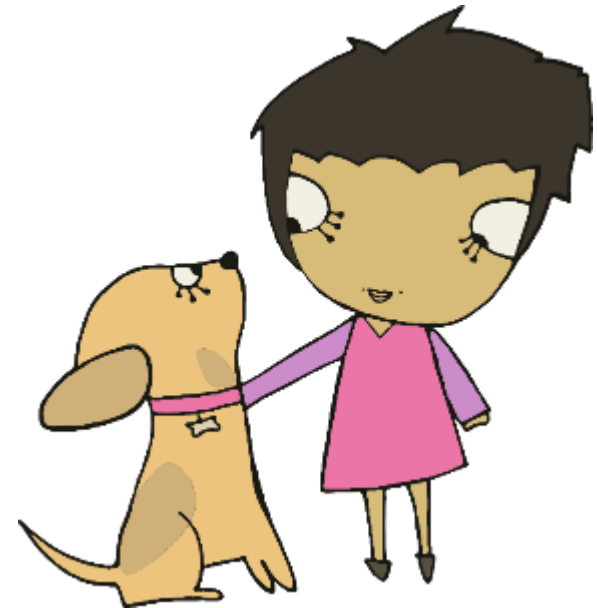
-El futuro llegó, hace rato...- escuchaban en una radio mal sintonizada unos albañiles que trabajaban frente a la casa de Isadora. Mientras, ella jugaba con su perra Batata, corriendo entre las plantas de su jardín.

Isadora vivía en La Caleta, un pequeño barrio pegadito a Santa Clara del Mar, cerca de Mar del Plata. Precisamente en la calle “Los Corales”, a ocho cuadras del mar.

A la pequeña Isa, como le llamaban en casa, no le gustaban los cambios. Amaba la precisión de sus rutinas:

- *Levantarse a las 8:15 de la mañana, justo cuando el zorzal colorado volvía de su ronda mañanera a su nido (que daba al lado de la ventana de su pieza).*
- *Lavarse los dientes con el cepillo amarillo, ubicado en el vaso también amarillo, y jugando a hacer morisquetas frente al espejo que le devolvía, fielmente, cada nariz fruncida, cada lengua afuera y cada ceño ceñido, entre tantas otras que aquí no vienen al caso.*
- *Tomar su desayuno, comer una fruta y salir al patio a jugar con Batata hasta la hora del almuerzo.*
- *Luego de comer, ponerse el delantal para ir al jardín que, al quedarle cerca de la playa, aprovechaba para hacer cada día un nuevo castillo en la arena.*

- *Salir rápido del Jardín para ir corriendo a la playa, a ver cómo estaba su castillo después de todo ese rato en que ella no había estado allí.*
- *Llegar a su casa, tomar la merienda rápido y salir nuevamente al parque para jugar con Batata.*
- *Cenar.*
- *Cepillarse los dientes con el cepillo amarillo, ubicado en el vaso también amarillo y jugando a hacer morisquetas frente al espejo que le devolvía, fielmente, cada nariz fruncida, cada lengua afuera y cada ceño ceñido, entre tantas otras que aquí, otra vez, no vienen al caso.*
- *Acostarse y escuchar sus dos historias favoritas: primero el cuento de cómo rescataron a Batata (aunque ella sabía el principio y el final; la calle y luego la fiel perrita echa una rosquita y durmiendo a los pies de su cama) y segundo, alguno referido al mar, a la playa. Una aventura nueva cada noche, como las olas que van y vienen pero que ninguna es igual a la otra (esto era lo más cambiante que había en la vida de nuestra pequeña amiga).*



Y así cada día, cada mes, cada año. Con la misma rutina en el jardín de infantes, prácticamente la misma en la escuela, casi idéntica en secundaria, pero con algo que estaba cambiando además de Isadora: su casa en La Caleta, en el pequeño barrio pegadito a Santa Clara del Mar, cerca de Mar del Plata, en la calle “Los Corales”, exactamente a ocho cuadras del mar, ya no estaba a ocho cuadras, se encontraba a siete... ¿Qué había pasado? ¿Cómo sucedió? ¿Qué misterio del Universo encerraba tal enigma?

Claro que Isa amaba el mar. Siempre sintió una poderosa conexión que la ligaba íntimamente con esa masa de agua y todo lo que allí perteneciera. Sin dudas le agradaba saberse más cerca, pero a la vez, comprendía que no era “normal” que su casa se acercara a las aguas del mar, ni mucho menos que el mar se acercara a su sitio más seguro, su casa de la calle “*Los Corales*”.



Habían pasado diez años de aquella pequeña del jardín de infantes que amaba la precisión de sus rutinas y, si bien esta nueva Isadora aceptaba un poco más (aunque a regañadientes) los cambios que le sucedían, la nueva cercanía de las aguas le resultaba un poco más que extraña.

También le resultaba extraña, sorprendente y, sobre todo entristecedora, la noticia de que Anita, su amiga de la infancia que vivía al lado del jardín de infantes, y con quien la pequeña Isa había compartido toda su niñez y adolescencia, debía mudarse.

Las aguas de su querido mar, ese que tanto amaba y que cada día, al salir del jardín, al entrar a la escuela, en un rato libre, al pasar por allí, aprovechaba y saludaba con todo su corazón como si fuese el ser más querido por ella; ese mar ahora acariciaba la casa de Anita y su familia. Pero no era un mimo amistoso, todo lo contrario. Cada golpe de las olas sobre la pared de la habitación que daba en dirección a las aguas, era una grieta más, un crujir de cimientos, un llanto prolongado que sacudía tanto a la casa como a sus habitantes que, por obvias razones, decidieron mudarse a algún lugar lejano al mar, lejos de esas olas, lejos de Isadora.

El jardín de infantes corrió la misma suerte que la casa de Anita.

Una nueva normalidad se presentaba en la Caleta, en el pequeño barrio pegadito a Santa Clara del Mar, cerca de Mar del Plata. Allí en juntas vecinales y organizaciones barriales se hablaba de los amigos, de los vecinos que tuvieron que dejar sus casas, del tal Cambio Climático, de huellas de carbono y muchas otras problemáticas que escuchaban en la radio, veían en la tele, leían en internet que pasaban en otros países, otras regiones, otras latitudes, pero que ahora estaba sucediendo allí, a ellos, ahora mismo en La Caleta.

Isa poco decía en estas reuniones, siempre le ganaba una vergüenza atroz al presentarse ante tanta gente, mucho más al hablarles. Pacientemente escuchaba cada alegato de todas las discusiones que se planteaban allí.

- *¡Hay que hacer algo!* - decía un vecino efervescente. -*La semana pasada se mudaron los Sánchez-* (y a Isa casi se le escapó una lágrima al recordar todos los juegos y travesuras que hizo y las que aún le faltaban hacer con su amiga de siempre, Anita Sánchez) -, *y con ellos ya van quince familias que tienen que irse por culpa del mar-*.

Por dentro, ella sabía que la culpa no era de su querido mar como proponían algunas voces en estas juntas.

-Tenemos que recaudar fondos para los Crespo, ellos perdieron todo y no tienen donde vivir- decía otra vecina.

-No solo para los Crespo, para todas las personas- dijo Mercedes.

-En la tele decían que para reducir la emisión de dióxido de carbono hay que usar menos energía o energías renovables, emmm... no sé, quizá podamos... ya que el barrio es chico... las distancias son pequeñas... además los árboles absorben...- balbuceaba una joven sin animarse del todo a expresar firmemente su propuesta.

- No. NO y ¡NO! ¡En la tele dicen cualquier cosa! ¡Yo no le creo a nadie! - interrumpió con su vozarrón ronca de tanto fumar, el vecino más conocido como “mate amargo”.

-Esperen vecinos, esperen. Dejemos que termine de decir su idea- intercedió Mercedes con su habitual tranquilidad, intentando llevar un poco de calma en la sala.

Yo quería proponer dos cosas- continuó la joven, *-que dejemos de usar autos para movernos aquí dentro del barrio y que plantemos árboles. ¡Muchos árboles! ¡Cientos, miles! ¡Por toda la Caleta y Santa Clara!*

- *¡Eso es una locura!* - gritó enfurecido “mate amargo”, coherente siempre con sí mismo (machista, resignado, conservador, ferviente admirador de programas y noticias a favor del sistema consumista, entre otras tantas cualidades en la misma línea, pero que no vienen al caso ahora).



-A mí no me parece mal-. Dijo Aldo, el vecino más respetado de la comunidad (vaya a saber por qué). -Podemos arrancar con estas propuestas y ver qué va pasando- dijo y continuó: -Además esto no nos pasa solo a nosotros, me enteré que en Miramar, Mar del Sur y otras ciudades costeras tienen el mismo problema, entre tantos otros. Podemos hablar con ellos y ver qué están haciendo para solucionar o, por lo menos, apaciguar la subida del mar-.

-Escuché que están haciendo murallones de piedra para contener las aguas, quizá podamos hacerlo aquí- dijo el concejal, que también se acercaba a estas reuniones de vez en cuando o de cuando en vez, para enterarse solo de algunas de las cuestiones en las que el barrio se interesaba (y vaya a saber para qué).

Marita, la vecina de la casa de al lado de Isadora, planteó que ella podría donar sus árboles, plantines hechos con mucho amor, para sembrar cuando estuvieran crecidos y resistan las inclemencias del tiempo, ya que tenía en su jardín como un centenar de plantines de árboles nativos.

- Bien, bien, bien... - dijo Mercedes con su habitual tranquilidad. -Pasemos en limpio las propuestas que llevaremos adelante- dijo y anotó, primero en un pizarrón y luego en su agenda de asuntos importantes:

- *En el barrio, usar la bici en vez de vehículo a motor (con casos excepcionales).*
- *Plantar miles de árboles.*
- *Realizar murallas de piedra que contengan el avance del mar.*
- *Recaudar fondos para las personas que perdieron sus pertenencias por estos cambios en el clima.*
- *Comunicarse con otras ciudades, barrios o comunidades a las que le pase lo mismo y trabajar en conjunto para buscar soluciones.*

Mercedes cerró con esto la asamblea y su libreta de asuntos importantes, en la que se leía en la tapa la siguiente frase: “Educar. Educar es combatir”.

Y salieron de la reunión, casi todos felices (esto hay que aclararlo porque como ustedes sabrán, nuestro vecino “mate amargo” salió como siempre, como ya saben y se imaginan). La mayoría estaban convencidos de llevar adelante las propuestas, comprometidos a prestar más atención al gran cambio que estaban viviendo y a las decisiones que debían tomar según pasen las cosas.

Y las cosas pasaron. Algunas más rápidas, como la emoción por sembrar árboles (incluso algunos vecinos sensacionalistas llamaron a esos días como la Fiebre Verde y claro está que no fue por monedas extranjeras). Debemos mencionar aquí, a nuestra protagonista, quien llevó a cabo el programa de plantación más grande que jamás existió en todo el barrio, la provincia y el país, y otras más lentas, como reducir el consumo de energía o la construcción de los murallones de piedra.

El cambio vino, el cambio siguió, las aguas subieron y las siete cuadras que separaban al mar de la casa de Isa, en la calle “Los Corales”, en La Caleta, el pequeño barrio pegadito a Santa Clara del Mar, cerca de Mar del Plata, se habían transformado en cuatro cuadras.

Solo habían pasado ocho años de aquella picante reunión vecinal en donde propusieron plantar más, usar más bicis y construir murallones en la costa. El cambio no esperaba y afectó a Isadora, a “Los Corales”, a las murallas de piedra, a vecinos y amigos; a todos.

Pero a su vez, algo mágico estaba sucediendo en el lugar. Aquellos árboles plantados unos años atrás en todo el barrio y las cercanías, no sólo crecían más de lo habitual, sino que además ya se presentaban como gigantes ante los ojos de quien se acercaba a La Caleta, el pequeño barrio pegadito a Santa Clara del Mar, cerca de Mar del Plata.

Por sus inmensas alturas, se los veía a muchos kilómetros de distancia.

Isa, siempre atenta a aquellos grandes cambios y al inmenso detalle de los árboles, pensó y repensó, planteó y replanteó y, después de muchas horas, días y meses de ver como subían las aguas a la par de los árboles, se le ocurrió una idea:

- ¿Y si construimos nuestras casas en los árboles? - pensaba y hablaba consigo misma- ¿o será muy loco? - reflexionaba una y otra vez.

Y la idea le atravesaba el cuerpo a cada instante. Mientras andaba por las callecitas del barrio, ya se imaginaba la vida sobre los árboles. -La escuela estaría arriba de aquel magnífico tala- decía, y señalaba con el dedo. -En ese jacarandá, aprovechando que está unido a un palo borracho y a dos lapachos, se puede construir el mercado central- decía, y ya armaba en su cabeza y en el espacio frente a su cara, gesticulando y dibujando todo con sus manos en el aire. Detalle a detalle, como la Isa pequeña jugando a las morisquetas frente al espejo.

Las noches no eran distintas. Apenas se dormía, un sueño recurrente se abalanzaba sobre ella. Árboles unidos por senderos aéreos, casas entre los troncos, amigos y vecinos viviendo una “nueva normalidad” en las alturas, perros corriendo por las ramas y aves en sus nidos. Eso sí, los nidos estaban más elevados que el nuevo hábitat humano de las alturas.

Así despertaba cada día.

No faltó mucho tiempo para que nuestra protagonista se anime a contar la idea que tenía en su cabeza. Reunió a los pobladores del barrio y amigos. Se arriesgó a exponer sus sueños, su idea. Al principio, la mayoría de vecinos se opuso, principalmente “mate amargo”, que siempre se oponía a las nuevas ideas y, básicamente, contradecía todo. Pero hubo un grupo de vecinos y amigos a los que el plan no les resultó tan descabellado y una posible solución no debía esperar, sobre todo viendo el avance de las aguas del mar en el barrio y que el gran cambio se estaba dando en este preciso instante.

Así comenzó la nueva aventura de la construcción de casas encima de los árboles, provocando risas en algunos casos (sobre todo, de los vecinos que poco creían en esto del cambio climático y sus consecuencias, atribuyendo la subida del nivel del mar a fundamentos naturales, pasajeros y no sé cuántas otras cosas más), frustraciones en otros. Fueron meses y meses de probar, de inventar y reinventar diseños, desafiando a todo un sistema que nada tenía que ver con lo que este grupo de personas llevaba adelante.

Y el tiempo pasó, y las aguas siguieron subiendo. Los árboles también y, con ellos, los hogares de los que se habían animado a llevar a cabo la idea de Isa.



La antigua casa de nuestra amiga, la que en un principio estaba a ocho cuadras del mar, en la calle “Los Corales”, en La Caleta, el pequeño barrio pegadito a Santa Clara del Mar, cerca de Mar del Plata, se encontraba a dos cuadras de esas aguas que alguna vez mimaron, con cordial cariño, cada castillo de arena construido por aquella pequeña Isa, antes de entrar al jardín de infantes, el edificio que fue uno de los primeros en anunciar el gran cambio que se avecinaba.

¡A solo dos cuadras del mar! “Los Corales” sufrían en carne propia el desequilibrio reinante y ya ni “mate amargo” se sentía a salvo. Todo un barrio, toda una ciudad, toda comunidad costera, se debatían ahora en sobrevivir al imperioso aumento de las aguas. Y entre tantas necesidades de soluciones y alternativas para ello, surgía como un brote de esperanza, el colectivo humano **“Plantar para vivir”**.

¿Quiénes eran? ¿Quién es esa Isadora que ideó todo? ¿Cómo hicieron para rearmar sus vidas como si fueran animales encima de los árboles? ¿Es posible eso? ¿Evolucionamos o Involucionamos como sociedad?

Miles de preguntas inundaban las noticias y los portales de información de casi todo el mundo. Los ojos de la humanidad estaban puestos en las alternativas globales a distintas problemáticas que se presentaban junto al cambio climático. Y muchas miradas puestas en Isa y en el colectivo **“Plantar para vivir”**, quienes con gran entusiasmo veían cómo su accionar era semilla de vida, cómo eran tomados de ejemplo en los lugares más recónditos del planeta, pero que sufrían el mismo problema que ellos.

Y la vida continuó, las aguas siguieron subiendo.

Los árboles nativos mágicos de La Caleta, el pequeño barrio pegadito a Santa Clara del Mar, cerca de Mar del Plata, crecían a la par de las aguas, y hasta tiraron semillas que fueron compartidas amigablemente con todas las comunidades costeras del país. Porque, aclaremos que las plantas nativas de aquí, en otras latitudes, son exóticas.

Siguiendo el ejemplo de Isadora, muchas comunidades optaron por sembrar sus semillas nativas, construir sus hogares en los árboles mágicos con senderos que unían talas con palos borrachos, algarrobos con algún ombú, una casa con un mercado, una escuela encima de una pitanga con un teatro ubicado sobre un ubajay y perros y gatos jugando entre las ramas junto a algún hornerito amistoso.

El cambio continuó trayendo nuevas tareas para atender. El colectivo, junto a nuestra protagonista siguieron observando, vigilando, cuidando y trabajando en conjunto para tener todos, un Buen Vivir.

Y “mate amargo”... siguió siendo “mate amargo”.

Nota al pie: En la entrada del barrio, mejor dicho, en lo alto del barrio, colgando de una rama, los habitantes hicieron un poema entre todos, para recordar de dónde venían y hacia dónde iban. El letrero dice así:

*“Que será de mi barrio cuando suban las aguas
que rodean este mágico lugar
una tristeza inmensa que nos inunda
tristeza que nos da el solo pensar.
Qué será de las aves y de sus nidos
de aquellas callecitas cerca del mar
de los distintos rumbos de los amigos
buscando en otras tierras seguridad.
¿Qué haremos entonces como respuesta?
¿seguimos por el rumbo que nos trajo aquí?
miremos en detalle, cada semilla
que cambia para que el árbol pueda vivir.
Y no existe un camino solamente
hay tantas miradas como en la vida
del cambio nadie se salva solo
sumemos a propuestas colectivas.”*

Y COLORÍN COLORADO....
EL CUENTO DEL CAMBIO CLIMÁTICO...
AÚN NO HA TERMINADO...